

Panorama Cultural

MEMORIAS DE UNA ENTREVISTA FRACASADA

En 1940, si mal no recordamos, cayó de improviso en México el gran humorista inglés Bernard Shaw, en compañía de su secretaria y una dama de compañía, cuyos nombres no recordamos, pero de cuyas figuras puede decirse que eran las de esos tipos de novela que abundan en *Pocket Book*: faldas cortas, zapatos bajos de lazo, sombreros de fieltro menudos y ceñidos y el indispensable par de anteojos. Al llegar a la redacción por donde entonces trabajábamos —un diario consagrado a la orientación revolucionaria de México—, Héctor Pérez Martínez nos encomendó la entrevista: abordar sin previo aviso al inabordable Shaw, reclamarle atención para los problemas de México, y en fin, sacarle algo del motivo que le llevaba en las cercanías de aquel invierno a la gran ciudad. Cuando llegamos al Hotel Genève— por las calles de Londres— tropezamos con toda la muchachada periodística; reporteros y fotógrafos esperaban ya, en el hall de columnas rosa, al personaje que tanto agitaría al mundo con las innumerables saetas de su aljaba.

Para evitar una conversación puramente gremial de preguntas entrecruzadas sin más finalidad que revelar la presencia del escritor, dos o tres compañeros de otros diarios decidimos subir hasta los *apartments* que el hotel había dispuesto con salida a las mencionadas calles: especie de construcción posterior agregada a la unidad edificial que tenía por recibo una espaciosa y fría sala escasamente iluminada. Una escalera de madera sin balaustrada, empotrada en los muros, conducía al piso alto de largo zaguán, con las indispensables puertas numeradas. Al llegar, escuchamos con sorpresa que desde una de las habitaciones salía un acre rumor de voces, interrumpidas por interjecciones inglesas: una de ellas, íntimamente femenina, recomendaba a Bernard algo cuyo sentido se evaporaba por las interrupciones del viejo maestro; y hubo un instante en que temimos que la puerta se abriera y por ella salieran bastones y zapatos, cuando no legumbres crudas de un desayuno vegetariano. Sin embargo, después de breves minutos la tempestad calmó: se abrió por fin la puerta del departamento y su Majestad el Malhumor salió, acompañado de las dos damas, con paso firme y presuroso. Iba el señor Shaw de negro, según costumbre, con la camarilla fotográfica a la bandolera: llevaba en la misma mano paraguas y bastón, sombrero de fieltro muy felpudo y las barbas fluviales muy peinadas.

Después de abrirle paso y hacerle breve cortejo, Shaw se decidió por el elevador; y una vez dentro con él, uno de los periodistas que nos acompañaban a esta presentación sin fórmulas, destapó el jolgorio general cuando recibió de respuesta a una

pregunta tímida y formalista una contestación que parece texto profesional para todos los colegas del mundo:

—Señor, quiero hacerle una entrevista...

—Nunca diga que quiere hacer una entrevista: hágalala! (*Never say that you want make an interview: make it!*)

Reprimida la risa, como lo merecía la actitud comprometida del amigo, bajamos al hall del Genève, dispuestos a participar, cuando menos, de las contestaciones del autor de *Pigmalión* a las ocurrencias de los diaristas. Pero George Bernard Shaw no se sentó siquiera: habló una o dos palabras con los que se cruzaban a su paso, luego con el *maitre d'hotel* para algún encargo de limpieza o de comida, y salió a la calle, donde a pocos pasos le esperaba un auto de alquiler. Las dos damitas corrían tras él: sus zancadas de abuelo en trance de serlo doble las obligaba a jactear, muy a menudo, a su zaga. Decidimos, entonces, seguirle con el objeto de reclamarle —si era esto posible— una actitud que no se avenía, ni poco, al celo periodístico que nos animaba, en favor de la sociedad mexicana que ya estaba enterada de su llegada. Pero Shaw subió al coche y cerró la portezuela, dispuesto a partir. Los fotógrafos tomaron el partido de sitiar el coche; y así, acercándome a la portezuela, pregunté al temible humo-

rista si hablaba francés, lengua que me es poco menos que familiar.

—Not so easy.

Una de las damas intervino, después de mirarme inquisitivamente; y a media voz recomendó a su señor. El rostro de Shaw se dulcificó rápidamente: se dignó bajar del vehículo —sin abandonar cámara, bastón y paraguas— y tomándome de un brazo se separó del grupo que ya alistaba las camarillas para colocarse conmigo en la acera del hotel. Pocas palabras, de puro ceremonial, nos dijimos interrumpiéndonos, como sucede en toda ocasión en que dos personas desean ser mutuamente finas sin interés afectivo en lo demás. Pero en los escasos minutos en que tecleaban las fotográficas, pude darme cuenta de innumerables sentidos y registros ocultos. Por ejemplo, aprecié a pleno sol, que por entonces salía, su rostro de piel delicada, extraordinariamente limpia y rosada, que no habría cedido el sitio de honor al pétalo de una rosa de Basora. Las grandes barbas, fulgurantes al sol, eran una contradicción evidente de aquella piel de niño, y de aquellos ojos menudos, casi de cinocéfalos, que parecían mirar con timidez y agilidad defensiva al mundo.

Cuando tomé su brazo para subirle a la acera, noté la delgadez asombrosa de su contextura: un brazo esquelético, ajeno al músculo, y una mano grande que parecía colgar como un tubérculo de un tallo menudo y quebradizo. Mientras tanto, el señor Shaw me guiñó un ojo, calculando el efecto que produciría, y agregó a sus sobrios cumplimientos: "*The others must be retired!*" Rogué a mis compañeros que procediesen según sus deseos, y la placa

que aquí se publica fué tomada mientras tanto. Pero si el señor Shaw no quiso hablar, en cambio me dejó, como el mosquetero de la India su almizcle, una extraña cantidad de cosas que ya había sospechado yo leyéndole, cuando no oyéndole en representaciones teatrales.

*

George Bernard Shaw ha llenado una época entera en los caminos literarios. Sería imposible, en una crónica como ésta de estilo algo advenedizo y convencional, dar una impresión categórica de su gran personalidad; pero las grandes líneas de su *ethos*, que se mueve entre el dolor y la risa, sí son materia que hace al caso. Para mí, individualmente, Bernard Shaw fué un hombre enfermo del terror a la vida: él debió recordar siempre aquella mocedad suya, envuelta en las brumas de su patria, cuando debía vivir con una libra esterlina durante seis meses. Shaw aprendió el difícil arte de formarse solo, sin amparo, en medio de una sociedad como la inglesa, que por aquella época —el último tercio del siglo pasado— creía más que nunca en el dinero, en el orden familiar, en la tradición y el Imperio: una sociedad de ahorro, de mutua indiferencia a los insolubles problemas económicos del individuo. Su terror y su inteligencia, mezclándose audazmente como dos elementos dinámicos explosivos, le dieron pronto la clave de una esgrima que habría de ser una arma poderosa en sus manos: la burla. Zaherir a la sociedad, golpear a los grandes, organizar cuanto antes un emplazamiento de guerra contra el ambiente, tales fueron sus bombardas y catapultas. Sintiendo débil, física y económicamente, Shaw realizó el milagro de los que sacan de sus desperfectos psíquicos y de sus anhelos muertos en germen una armada invencible de guerra interplanetaria.

Pero la robustez no tardó en llegar. Bernard Shaw halló su potencia única en la debilidad de los rostros. Por ejemplo, se vengó de la concentrada atención que el mundo anglosajón daba a Henry Irving golpeando su teatro; echando abajo todo el orillo del orbe shakesperiano, que él estimaba hundido ya para el mundo moderno de puras impresiones sensoriales sin conciencia ensoñada, y se lió a golpes con el señor Chesterton, a quien consideraba como un cortesano inteligente que regresaba, por último abrigo de moda, al catolicismo de su último libro. Una vez tomado por asalto el estrado de sus adversarios, le fué fácil manejar aquel impresionismo moderno de la risa y la crueldad; y luego, entrar en ese estado de espíritu disolutor pero no disoluto, que fué su fórmula conservadora en la vida privada y su actitud revolucionaria en la vida pública. Pendiente siempre de la grandeza de su país y de su raza, de que ocultamente estaba orgulloso —tanto porque la lengua inglesa es un vehículo formidable de expresión dominadora, cuanto porque su época dirigía ya, en cierto modo, la sensibilidad literaria de toda la tierra—, Shaw se las compuso para darse el lujo de probar su solidez. Como



MEJORANDO CALIDADES



Los nuevos muebles de acero STEELE son orgullo de nuestra firma y prestigio de la industria de México. Tenemos una exposición permanente de ellos en nuestro edificio de Av. Juárez y Balderas. Le invitamos a conocerlos y comparar.

H. Steele y Cia. S.A.

DIVISION DE EQUIPOS DE OFICINA

JUAREZ Y BALDERAS

MEXICO, D. F.

el cinismo, que es una energía desconsolada y sin esperanza, es el fondo del humorismo, Shaw no habría podido dejar de ser eso: un cínico; pero un cínico con grandes horas reservadas y trágicas, producto de su existencia amargada por algún amor de fondo gris y de una debilidad ingénita, a que dió sentido trascendente la influencia de Ibsen. En tanto que su *Bárbara* y su *Pigmalión* reflejan una madurez digna de los mejores maestros renacentistas, la veledad juguetona de Shaw le lleva, por venganza solamente, a sus conexiones con el comunismo.

Pero sería actitud infantil tomar este comunismo suyo como un convencimiento profundo. El, que se siente un aristócrata del ingenio, que tiene el vicio del clastómano y que en esencia es un idólatra del *no me touchez pas*, gusta de manejar las pasiones en boga para continuar en la vida lo que no pudo en el teatro: el iconoclasta, que ha visto a Einstein confesar al número como suprema esencia de la organización social —nos libre Dios de un mundo matemático!— acercándose, asimismo, al comunismo interracial, saluda a sus reyes en sus cumpleaños, les envía sus obras con dedicatoria y tiene para Winston Churchill frases de sincera admiración estimulada. No puede darse nada más inestable que la firmeza de Shaw. El gran autor cree sólo en sí mismo, a consecuencia de haber vivido en un medio social que recomendaba la fórmula individualista como la suprema. Es

tan prosoviético como protestante; tan partidario de las tiranías totalitarias como los personajes que presenta —sombras de su misma lucha— al mundo contemporáneo.

Para nosotros, ha habido un complejo profundo en toda la vida de Shaw: y aunque parezca una asección muy osada, nos parece nítido el de su singular debilidad física. Habrá, sin embargo, alguien que nos diga que una existencia nonagenaria no puede ser señalada como débil. Y sin embargo, es también un hecho de historia y de psicología que "los grandes débiles" suelen ser los más longevos de los hombres. Este mismo complejo parece indicado en Shaw por su amor a Ellen Terry, primera actriz del Liceo que interpretaba precisamente a Shakespeare en el Liceo; jamás se decidió Bernard a declararse formalmente, si bien le escribe amorosos billetes que encienden en su amada un deseo de gloria más que una pasión humana. Cuando Shaw se repone un tanto de esta existencia evasiva ("*the others must be retired*"), ya es muy tarde: la dama no quiere presentarse a él, y le dice que es tan pálida que la creería un espectro, a pesar del carmín.

La muerte de Bernard Shaw, ocurrida el 2 de noviembre —el día de los Muertos— en Ayot St. Lawrence, Inglaterra —donde poseía su casita de retiro y estudio— ha revelado una venganza del mundo contra su risa. No por encargo suyo sino por silencioso consenso de todos cuantos le temieron y eludieron, fué enterrado en silencio, sin flores ni discursos: sólo un ramo fué puesto al pie del túmulo, por las manos de su viuda. La risa enmudeció, y de ella sólo quedaron flotando en el ambiente los abejos del rumor público inconforme bajo su palo. Así se extinguieron noventa y cuatro años de terror a la vida, de trabajo ciclópeo, de infortunio reservado y silencioso. No ha sido mejor, en realidad, la suerte de otros grandes hombres.

RAFAEL CARDONA, en *Repertorio Americano*. San José, Costa Rica, abril 1951.

PRESENCIA DE ANTONIO CASO

Enlutada la palabra y purificada la emoción, queremos acercarnos a la imagen venerable del maestro Antonio Caso para cobrar con su contacto un hálito de fe y esperanza en el ideal. Silueta de recia contextura moral la de este gran maestro que veneramos en un acto de gratitud universitaria; las frases que le definan, como en el caso de Rodin, necesitarían la solidez del mármol y la sutileza incomparable de la música alemana.

Poeta de su vida, patriarca de la generosidad y la inquietud, el maestro Caso vivió como una flama, murió como una antorcha y vivirá como una luz; como una flama, porque quemó su vida en el calor del pensamiento y encendió su alma en la pasión por la cultura; como una antorcha, porque cuando sus ojos se cerraron siguió ardiendo el fuego de la elocuencia más allá de los moldes perecederos de su cuerpo; como una luz, porque la lámpara votiva de su imagen ilumina la fuente de nuestras conciencias y hace brotar de

nuestros corazones torrentes de claridad y armonía.

Sus críticas a la sangrante realidad mexicana no fueron improvisaciones teóricas, sino producto de hondas reflexiones sobre los problemas nacionales. Le asistió siempre, como a Ignacio Ramírez, la grave preocupación de perfilar los contornos definitivos de la patria, señalando las causas de nuestras deficiencias y el origen de nuestros males para encontrar los verdaderos rumbos de la nacionalidad.

Le escuchamos alguna vez una bella metáfora que deseamos recordar ahora para situarlo en su pedestal de hombre representativo y mexicano autorizado. México —dijo— vive geográfica y espiritualmente en medio de dos grandes sierras: la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental: Justo Sierra O'Reilly, alma de la cultura yucateca, y Justo Sierra hijo, cerebro ilustre de nuestra Casa de Estudios.

Si la geografía y el espíritu de la patria se pueden dibujar con tan plástica exactitud, el sentimiento académico de la Universidad vive también entre las rutas que le fijó Justo Sierra y los senderos que le trazó Antonio Caso. Son ellos dos, doctos en la palabra y maestros en la escritura, los verbos rectores y los ojos vigilantes de nuestra alma mater.

No fué un frío expositor de teorías coleccionadas en la simple lectura de textos novedosos; por lo contrario, utilizó la cátedra para enseñar el culto de la verdad y la difícil profesión de ser hombre. No quiso formar generaciones de flemáticos y calculadores; su gran preocupación, su más alto propósito, consistió en hacer de la pedagogía universitaria un método de sencillez educativa, capaz de orientar a los jóvenes en el arte de vivir peligrosamente, según la sabia expresión de Nietzsche.

Jamás lo comprenderán en toda su latitud, los que con criterio egoísta se consideren sus herederos intelectuales ni los que, por torpeza o resentimiento, lo califiquen de simple repetidor de libros o tomador de lecciones. Su doctrina pertenece, por igual, a todos los que se sientan cercanos a su recuerdo e identificados con sus aspiraciones; sus verdaderos discípulos serán, por eso, los que lo entiendan como un rebelde y como un apasionado, porque lo más admirable de su saber y entendimiento estriba en que supo demostrar, con hechos, que los conocimientos se deben aplicar a la existencia y que las ideas no deben ser pensadas sino vividas.

Tenía psicología de santo y dos grandes cualidades se disputaron el dominio de su impaciente corazón: el renunciamiento y la sabiduría. La emoción ante el dolor y el amor por el estudio, fueron las notas características de su melódica sensibilidad, y como no quiso ser unilateral ni incurrir en sectarismos, conservó abierto el intelecto hacia "los cuatro vientos del espíritu". Se reveló contra todos los dogmatismos y abrigó, sin embargo, un dogma inobjetable: el dogma de la patria. Fué, según él mismo lo dijo, de los heroicos

discretos que viven para el goce supremo de las ideas.

Aunque era un hombre bueno, jamás pudo transigir con el error y la vulgaridad, y se dedicó a exaltar los valores eternos y los grandes objetivos: como el personaje de Ibsen, sin renegar de lo pretérito, quiso desde abajo construir el porvenir. Por eso es más bien un hombre del futuro que una gloria del pasado. Más aún: cabría concederle, igual que a Martí, el merecido título de gran místico del deber. En todo instante, logró mantener incólume su independencia moral y la rectitud en los propósitos; la línea de su ejecutoria vital, está llena de rebeldías e inconformidades que lo colocan al margen de sospechas y acomodamientos.

Rechazó el pasivo y simple conocer, el presuntuoso alarde de los llamados sabios nominales o enciclopedias humanas; pero amó apasionadamente la cultura en la defensa de lo justo y la ofensiva de lo ideal. Superó el positivismo con sus teorías filosóficas y combatió de frente los excesos del intelectualismo muerto y estancado, para pugnar por la actitud polemista del pensamiento militante.

Hay que conservar intacta la hermosa lección de su destino, con el celo y el fervor con que los caballeros del Santo Grial guardan la sangre de Jesucristo en la copa de José de Arimatea. Debemos erigirle un monumento en el seno de la Universidad que tanto amara, para perpetuar en bronce su gesto imponderable e

BANCO NACIONAL HIPOTECARIO URBANO Y DE OBRAS PUBLICAS, S. A.

Fco. I. Madero N° 32
MEXICO, D. F.

★

Capital autorizado: 125.000.000.00

Capital pagado: 28.225,200.00

★

Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios, cuyos ingresos se destinan a la construcción de obras y servicios públicos, y habrá hecho una inversión segura obteniendo una renta semestral fija garantizada.

El mercado de nuestros bonos garantiza a usted en cualquier momento la liquidez de su inversión y las posibilidades de su venta en todo tiempo.

Publicación autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-7022 del 29 de mayo de 1948.

ABBOTT LABORATORIES DE MEXICO, S. A.

●
Teléfonos:

24-63-93

24-65-34

24-65-44

35-63-47

32-02-10

●
Avenida Coyoacán, 1622
MEXICO, D. F.

inscribir sobre su imagen la frase de León Gambetta: "La verdadera tumba de los muertos es el corazón de los vivos."

Tal es nuestra emotiva ofrenda al maestro, hombre y héroe que supo embellecer con sus actos esta maravillosa trilogía de la existencia humana. Admirador de Goethe, era también un hombre fuerte que amaba la libertad desde adentro; devoto de Beethoven, hizo de su destino un himno a la alegría y su cántico de fe tiene ahora la pujanza inextinguible que hace eterna la Novena Sinfonía.

Al invocar su figura, no lo sentimos muerto sino ejemplo viviente a nuestro lado. Saludemos entonces la presencia del maestro con las palabras de Zweig: "Sólo la muerte logró transformar en música su último suspiro."

SALVADOR PINEDA, en *Excelsior*, Septiembre 1951.

LA MUJER LIMEÑA

La mujer de Lima merece capítulo aparte. Los viajeros la han descrito, unas veces para elogiar, otras para zaherir, pero es evidente que ninguno dejó de mojar su pluma en el tintero para dedicarle aunque fuera unas líneas. Si hacemos un balance, no cabe duda que sacaremos conclusiones interesantes. Atacan a la limeña Frazier Terralla y, en cierto modo, Flora Tristán; la defienden Radiguet, Vicuña Mackenna, Lastarria y muchos más. Juan María Gutiérrez, admirador de la Lima antigua, escribía en Buenos Aires en 1876: "La hija de Lima, la única mujer, aquella cuyo abanico es más poderoso que el cetro del Emperador de las Rusias."

Las acusaciones de Terralla son duras e injustas hasta el absurdo. Que fuera enemigo de Lima no justifica apreciaciones tan ligeras. Nada más falso que aquellos versos que dicen:

*El dinero es su querido,
es su amor, es su embeleso,
es su amante, es su galán,
es su amigo y es su dueño.*

¿De dónde sacó todo eso el descontentadizo Terralla? Acusar de interesada a la limeña no pasa de ser tontería. Le agradó el lujo, lo que es otra cosa, pues los adornos y vestidos que tanto le gustaron demuestran inconfundible y natural feminidad.

Flora Tristán, que tuvo sus días de proletraria fama, es atrayente personaje. Al hablar de las limeñas las elogia y alaba, pero no deja de hacer reflexiones que se parecen a las de Terralla y Landa, cuando se refiere a la codicia que dice las caracteriza. Al leer a Flora tenemos la impresión que el dinero juega papel de primera importancia en los amores de nuestras mujeres. La contumaz aventurera miró en un espejo que deformaba sus propias decepciones y amarguras, pero no deja de haber valiosos datos en *Peregrinación de una paria*. Ha descrito la suya con cinceladas artísticas y graciosas. "Todo en ella es seductor", dice la Tristán. El cuadro habría salido mejor si no lo hu-

biese recargado con psicológicas y equivocadas apreciaciones sobre las mujeres del Rimac.

Pero a todo esto, ¿cómo son las limeñas? Dejemos a un lado lo que piensa Frazier, lo que dice Terralla y lo que afirma voluble compatriota. Resulta, desde luego, socorrido expediente alabar a las féminas de la ciudad natal. Mas no creo pecar de exagerado en mis puntos de vista, por lo mismo que recorrí desde temprano el mundo y no habré de tener perturbadores chauvinismos. La limeña es tierna, graciosa, ocurrente, parlanchina, y lisa. Esta palabra viene de lisura, vocablo que quiere decir muchas cosas. Ser lisa es más que ser graciosa, y puede ser menos que ser ingeniosa. La lisura sirve para contestar la descortesía del parvenu, la provocación del tenorio de barrio para comentar sin veneno, pero con acierto, la cursilería, o necesidad de los demás. En lo físico, la limeña suele ser bella. Ya no usa la saya y el manto que conocieron los viajeros de Europa en los siglos coloniales y aun en los primeros años de la república. Se viste como la de cualquier país occidental, pero pese a la externa identificación no desmiente su personalidad. Lleva bien la mantilla en los días de Semana Santa.

Hacer un retrato es siempre difícil, pero intentaré hacerlo. Pintemos una tez color capulí, unos ojos sombreados por sedosas pestañas, unos pómulos algo salidos y una mirada entre lánguida y amorosa. Ese es el rostro. El cuerpo no tiene la elástica figura de las Walkirias ni remeda a las bellezas nórdicas con musculaturas de gimnasta. La limeña es menuda. Por eso mismo sus manos son pequeñas, sus pies diminutos. Calzar un 33 es timbre de orgullo para una niña nacida en la capital del Perú. Cuando solía usar zapatos de raso, no cabe duda que debió deslizarse con suavidad sobre los tapices y contonearse con garbo por las calles centrales. Dictar cánones de belleza es la labor compleja que han "tecnificado" las profesionales beldades de Hollywood, mas sostengo que así como decía Bécquer: "mientras haya una mujer hermosa, habrá poesía", mientras alguna limeña pueda calzar un enano 33, sabrá cultivar y tejer amores. La voz de la limeña es fresca, cantarina, agradable. Curiosa y novelera por temperamento, se interesa por el rumor que corre, la noticia que llega y la moda que cautiva. Es encantadoramente mujer y leves sus hechizos. Se pone los madroños y va a los toros; se prende la mantilla y se dirige a la iglesia. Española y criolla, posee la tradición goda y la picardía local. Sabe amar y también sabe odiar. Hubo escritores que hablaron con espanto de las uñas de estas mujeres, como si fueran filudas armas que el demonio puso en sus dedos. Pero no hay de qué alarmarse. No arañan más que las otras. No envidia, por cierto, los tiempos de las tapadas, cuando miraban sólo con un ojo. Ahora que mis paisanas tienen los dos descubiertos no hacen menos conquistas y no hay menor fascinación en el embrujo. Son



PETROLEOS MEXICANOS

AL SERVICIO DE LA PATRIA

EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA LIC. MIGUEL ALEMÁN
En su V Informe a la Nación hizo referencia a la Producción de Azufre recientemente iniciada por PETROLEOS MEXICANOS.

Una larga y cuidadosa serie de estudios técnicos. Ilevó a Petróleos Mexicanos a la conclusión de la conveniencia de instalar una Planta para extraer el azufre contenido en el gas natural que antes se desperdiciaba, quemándose en la atmósfera.

La planta que esta Empresa tiene ya en operación en Poza Rica es de lo más compleja en su diseño, costosa en su instalación y difícil y delicada en su manejo y está funcionando a la perfección, operada por técnicos mexicanos.

Pocas realizaciones han sido tan oportunas en México como la terminación y funcionamiento de esta Planta que comenzó a operar en los momentos en que el azufre se había convertido en uno de los productos más escasos en todo el mundo y particularmente en México.

Esta Planta ha venido a remediar una situación, que de otra suerte, hubiera constituido un problema gravísimo para México y lo ha remediado a tal grado, que el mercado nacional de ácido sulfúrico se encuentra saturado.

Petróleos Mexicanos cumple con su misión de servir a la economía nacional pasando por serios sacrificios para realizar este propósito, como es del conocimiento de todos los industriales del país, que tienen necesidad de emplear el azufre como producto indispensable en el desarrollo de sus industrias.

En los pocos meses que lleva de operar la Planta de Azufre de Poza Rica ya se han producido 13,000 toneladas, las cuales se han distribuido en forma equitativa y a precios muy razonables entre los consumidores, en la siguiente forma:

1) La empresa Guanos y Fertilizantes, S. A. que utiliza azufre para la fabricación de abonos químicos baratos, ha recibido 6,661.15 toneladas. Esto constituye una colaboración para la producción agrícola del país.

2) Otras industrias han recibido 1,070.82 toneladas al precio oficial de \$ 500.00 por tonelada.

3) Las Fábricas de Acido Sulfúrico han recibido 1,460.11 toneladas, facturadas al precio de \$ 270.00 por tonelada fijado por la Comisión de Precios con el objeto de beneficiar a este sector de la industria química.

Cabe hacer notar que Petróleos Mexicanos, cumpliendo una vez más con su función de servicio, se ha hecho cargo totalmente del abastecimiento del azufre a las fábricas de ácido sulfúrico.

Hay una existencia constante de 3,000 a 4,000 toneladas en la Planta de Poza Rica, la que sigue funcionando, operada con técnicos mexicanos, como base fundamentalísima de un importante sector de la Industria Nacional.

Adelantándose al tiempo, y siguiendo su política de aprovechamiento íntegro de los recursos naturales, Petróleos Mexicanos ha abierto para el Servicio de México, esta nueva fuente de riqueza que contribuyendo a la industrialización del país, plasma en realizaciones los principios constructivos del Régimen del señor Presidente Lic. Miguel Alemán.

suaves, coquetas y modernas, pero no han perdido el atractivo tradicional. Las hay bonitas en las clases altas y también en las otras clases. En cuanto a su codicia, no pasa de ser un cuento para recreo de lejanos lectores. Por el contrario, las considero espontáneas, sinceras y amorosas.

La política, que se mete en todo, llama insustanciales "muñecas" a las jóvenes que pertenecen a la *high life*. Esto no es sólo nada galante, sino ramplón y artificial. Estas "muñecas" valen más que muchos hombres y tienen por grata misión ponerle un poco de sal a la vida. Juzgo equivocado decir que las limeñas no sirven para nada. Quisiera saber para qué sirven ciertos hombres. Ya Lizárraga se encargó de afirmar que en Lima la mujer vale más que el varón. Será mejor que no escarbe en el tema y que siga mi relato. La limeña puede ser mística, galante, mundana, ocupada y ociosa. Es la gama infinita de todas las posibilidades.

La limeña posee innata travesura y activo señorío. Aristocrática o plebeya, siem-

pre tendrá un no sé qué. Ocupa sitio de honor entre las mujeres de América. No haré comparaciones. Pero nadie puede negar que ha penetrado en la leyenda. El hecho de que tenga admiradores demuestra que posee personalidad, entusiastas y apasionados enemigos. Revoltosa o grave, inquieta o tranquila, comprensiva o celosa, allí está ella con su influencia que nadie ha podido arrebatarse. Lima y limeña son palabras que vienen siempre juntas, pues la estampa de la ciudad no estaría completa sin su figura. No es sólo decorativa y parlara, sino también alma capaz de los más puros sacrificios y las más notables abnegaciones. Lo dijo Palma:

*Lo mismo en los festines está
del mundo,
que junto al triste lecho del
moribundo.*

Estos son los dos aspectos de su personalidad. Mundana y sencilla, madre y enfermera, hija y esposa, recatada y desvuelta. Es amante que ruge y niña que

romantiza. Lo prueba la historia y lo demuestran las limeñas de hoy.

CARLOS MIRÓ QUESADA LOOS, en *Honduras Rotaria*, Tegucigalpa, julio 1951.

EL HOMBRE DEL BUHO

He aquí a un hombre que se despoja de todo ropaje de ostentación y lujo. Tal desnudez entraña, para muchos, el riesgo de enfermar de los pulmones y hacerles dar después la versión de sus dolencias en una eterna quejumbre que puede alcanzar —como en el caso de Amado Nervo— las tesituras todas de la canción. A Enrique González Martínez, la misma desnudez le ha permitido, por el contrario, moverse con una mayor libertad, forzándole a superarse y a crear músculos en lo tocante a un concepto cada vez más hondo y noble de la vida. Dé aquí que el poeta de Los Senderos Ocultos aparezca como el poeta representativo del México de los últimos tiempos. Su lírica, por más que se considere contrapuesta al modernismo, cabría mejor colocarla como aquella modalidad más mexicana del modernismo por cuanto —sin quedarse en los cisnes y las princesas y en el oropel que sedujo, en un principio, a artistas cuyos países no tuvieron fausto alguno en su época virreinal— procura traducir en vasos de impecable serenidad aquellas metas que nuestro pueblo, si bien es verdad que no ha conquistado todavía, no ha dejado de aspirar a conquistarlas. Tales metas son las de una superación interior por la redención de lo más humilde. En su afán de alcanzarlas, México entero, como su más maduro poeta de hoy, al menos ha sabido identificarse plenamente con la tierra y la sublimidad de sus paisajes:

*De las musgosas abras, en la cuenca sombría,
del bullicio apartada, tímidamente brotas,
y el caer argentino de tus diáfanas gotas
va entonando secreta y extraña melodía.*

*No los faunos lascivos, en brutal cacería,
enturbiaron tus aguas ni escucharon tus notas.
Y no sabes siquiera de qué fuentes ignotas
invisibles veneros te formaron un día,*

*Que el dios campestre guarde la paz de tu
(aislamiento;
que el gemir de las hojas y el sollozo del
(viento
los rumores apaguen de tu caudal escaso.*

*Perdona si un instante mi indiscreta mirada
sorprendió, sin quererlo, tu existencia igno-
(rada...
Y déjame alejarme con silencioso paso.*

Desde un principio así —en poemas como el que acabamos de transcribir— González Martínez muestra una línea: esa línea mexicana de discreción que permitió, hace tiempo también, a Alfonso Reyes, hablar del cartesianismo de nuestra gente. El lírico tapatío sorprende el afán de la vida en un retiro adonde no llegan las voces de los faunos y sólo se percibe el misterio de los orígenes; retiro que, con la pulcritud necesaria, sabe dejar intacto el artista —al cual sólo le seducé, en un platonismo maravilloso, pasar sobre la vida y por encima de las cosas:

*Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensorio luz; blancor de nieve,
azul de linfas y rubor de rosas.*

*Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella...*

Tal línea, ahora bien, acaba por llevar a nuestro lírico a significarse como el más jurado enemigo de toda hueca retórica y colocar al buho frente al cisne, reafirmando, al hacerlo, la más suave y unciosa filosofía poética o la más noble y hasta un poco pragmática, si se me permite decirlo, poesía filosófica:

*Tuércete el cuello al cisne de engañoso plu-
(maje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia nomás, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.*

*Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu home-
(naje.*

*Mira el sapiente buho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...*

*El no tiene la gracia del cisne, más su in-
(quieta
pupila que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.*

Tal, pues, González Martínez a quien, por otra parte, define una suave pedagogía, o sea un cierto socratismo que apoyándose mexicanamente en un cartesianismo de esencia, concluye en un misticismo parecido a aquel de nuestros ancestros hispanos, que jamás representó en sus buenos tiempos una aniquilación de la perso-

na sino, por el contrario, una afirmación de la misma:

*Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiando tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.
Y que llegues por fin a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida...*

Empeñada en lograr una profundización del hombre, colocada en medio de la tierra y pendiente de los mensajes de lo absoluto, la voz de González Martínez insensiblemente nos trae también la imagen de una hermandad (como hermana y hermano vamos los dos cogidos de la mano) que no deja de entrañar un principio de superadora emulación en cada quien, por que

*Sobre el ansia marchita,
sobre la indiferencia que dormita,
hay un sagrado viento que se agita.*

*Un milagroso viento
de fuertes alas y de firme acento
que a cada corazón infunde aliento.*

*Viento que es una aurora
que en las tinieblas del vivir envía
la evangélica luz de un nuevo día;
de la consolación para el que llora...*

*Viento que en su carrera
sopla sobre el amor, y hace una hoguera
que enciende en claridad la vida entera.
en la noche del mal, y da la hora.*

*Viento de profecía.
¡Ay de aquel que en su senda
cierre el oído ante la voz tremenda!
¡Ay del que oiga la voz y no comprenda!*

Tal el fondo más pragmáticamente lírico que palpita en nuestro poeta y que hace de don Enrique González Martínez el artista más del momento en un México que se levanta, orgulloso de una modestia en la cual precisa advertir la antigüedad de nuestras raíces y el sentido —más que ético— de cabal equilibrio que siempre ha destacado a nuestra historia. ¿Qué mayor afirmación de lo nuestro es posible escuchar que aquella, sí, donde la plenitud de González Martínez proclama ir, en un segundo despertar, más directa, humana y luminosamente a lo suyo, sin las ofuscaciones que las múltiples circunstancias —o sea la retórica del cisne— nos hacen olvidar? ¡Con cuánto sentido, así pues, algunos claros discípulos de este místico esperanzado —tal el caso de Jaime Torres Bodet— han aplicado las ideas-fuerza, los sentimientos-fuerza de su propia lírica y proceden, universalmente, en el plan de quienes saben oír la voz de su pueblo y de su hora!

*Segundo despertar... Llamas de asombro
en los ávidos ojos, ya sin venda;
desnudo el pie —para besar la senda—
y el fardo de experiencias en el hombro.*

*¡No más cerrada niebla de extravío;
no más ir al azar de tumbo en tumbo!...
Como una flecha seguiré mi rumbo
a la alta posesión de lo que es mío.*

*Oiré mi canto y cortaré mi rosa,
armado de elección sin titubeo,
y volveré a mirar lo que ahora veo;
pero con una lente milagrosa.*

*Aquel agave y ese cactus y este
pino cordial son gloria de mi casa...
¡Los olvidé por el gorrión que pasa;
por ver lo celestial no vi lo agreste!*

*En mi segundo despertar, altura
me dará el pino; savia de alegría
el maguey y la penca, su ambrosía
que entre duras espinas se madura.*

*(¡Santo nopal que crece y que retoña,
sede aquilina en isla permanente,
donde el pico se ensaña en la serpiente
que recata la cura en la ponzoña!)*

*Soy cazador de sombras que no atina
y pescador de caña en linfa muerta;
dejo un largo llamar en cada puerta
y sepulto un ensueño en cada ruina.*

*Loco pastor de inhóspitas praderas
sin fuentes claras y sin hierba alguna,
apaciento al embrujo de la luna
el indócil rebaño de mis fieras.*

*En otro despertar, lagos y lomas
sabrán de mí, sin que a mi anzuelo falte
el encantado pez, y el jerifalte
se ha de bañar en sangre de palomas.*

*Haré que un sol mi ceguedad presida,
rasgue el pavor y alumbre mi caverna,
mientras aguardo que la mano eterna
cuenta las horas y los pasos mida.*

*No habrá sellada puerta a mi reclamo,
ni foso hostil, ni reforzado muro.
La muerte misma, de su reino oscuro
vendrá con mudo vuelo si la llamo.*

*Hundiré la pupila en la más honda
noche estelar, y con las manos juntas
alzaré mi plegaria de preguntas
hasta que el gran silencio me responda.*

*Y aquel preludivio que en el alma llevo,
germen de voz, frustrada melodía,
será canción... ¡Mientras que llega el día
de otro dormir a despertar de nuevo!*

VICENTE MAGDALENO, en *Universidades de América*. México, D. F., abril, 1951.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

FUNDADO EL 2 DE JULIO DE 1937



Director-General: *Lic. Enrique Parra Hernández*

Gerente: *Sr. Mario Mendiola M.*

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO DE IMPORTACION
Y EXPORTACION

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS EXPORTABLES
Y DE LAS EMPRESAS

DEDICADAS A LA MANIPULACION DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA
ECONOMIA DEL PAIS

ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO
INTERNACIONAL

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 170.132,026.91



Gante 15. Tercer Piso

MEXICO, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en oficio
No. 601-11-15572)